


REVISTA DE LIBROS

Dossier: Historia de las Juventudes en América Latina

Patrick Barr-Melej, *Psychedelic Chile. Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2017).

Ivonne Meza Huacuja

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

imeza@colmex.mx

Fecha de recepción: 23/10/2019

Fecha de aprobación: 14/11/2019

Son pocas las investigaciones históricas que se han abocado al estudio de los jóvenes latinoamericanos como agentes fuera del ámbito de los movimientos estudiantiles. Aún menos han sido los textos que analizan y problematizan la agencia juvenil y la multiplicidad de formas de vivir la juventud fuera de los ámbitos institucionales. La misión del historiador chileno-estadounidense Patrick Barr-Melej en *Psychedelic Chile. Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship* es reconstruir los distintos escenarios que permitieron el surgimiento de nuevas sensibilidades entre algunos sectores juveniles chilenos durante la década de los sesenta y setenta del siglo XX. Enmarcado en los períodos presidenciales de Eduardo Frei y Salvador Allende —durante la guerra fría—, el hippismo y siloísmo fueron seleccionados como los movimientos a estudiar al ser calificados por la prensa, por los funcionarios y políticos de su época como una amenaza a los objetivos de dos proyectos naciona-

les preponderantes en Chile, el del conservador Partido Demócrata Cristiano y el de la coalición de partidos marxistas congregados en la denominada Unidad Popular. En un intento por desmitificar el progresismo ideológico de los regímenes de izquierda, el autor subraya la continuidad entre las prácticas políticas y culturales cotidianas de la juventud y las formas familiares tradicionales, incluyendo la restringida participación de las mujeres en la arena política.

El estudio de Barr-Melej rescata, de manera novedosa en los estudios históricos sobre la juventud en América Latina, la vieja discusión académica sobre la presencia en Occidente de un ordenamiento social piramidal basado en la pertenencia del individuo a un grupo etario en particular —ancianidad, adultez, juventud, infancia— entreverada a su vez por las categorías tradicionalistas provenientes de la heteronormatividad conservadora que forzaban a la población a definirse como hombres y mujeres (y no en términos de identidades sexo-genéricas). Es decir —tal como lo expusieron José Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* (1923), Margaret Mead en *Coming of Age in Samoa* (1929), Shmuel N. Eisenstadt en *From Generation to Generation* (1956) y Pierre Bourdieu en *Sociology in Question* (1993), entre otros— la idea de que la sociedad occidental reproduce en distintas esferas el dominio de los hombres adultos (adultocracia) sobre los viejos, jóvenes, niños y mujeres¹. En el caso de los segundos, diversos especialistas y funcionarios de la época alegaban una supuesta falta de maduración e inexperiencia que los supeditaba a la tutela y orientación de instituciones especializadas en su tratamiento. Barr-Melej coincide con Mead en que estos imperativos partían de presupuestos contruidos por las viejas generaciones sobre el comportamiento de los jóvenes, situación que contribuía, además, a la incomprensión, rebeldía y choque intergeneracional². Premisa preponderante en las argumentaciones del autor.

A través de las páginas, el libro busca comprender el impacto de dicha organización etaria piramidal para dar cuenta de las entreveradas razones que llevaron a ciertos grupos de jóvenes a adherirse a los movimientos contraculturales en su país. La inconformidad y desilusión por la política, por los avances tecnológicos y por la “anticuada” moralidad fueron algunas emociones y

1 José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo* (Madrid: Calpe, 1923), Margaret Mead, *Coming of Age in Samoa* (Nueva York: William Morrow & Company, 1928); Shmuel N. Eisenstadt, *From Generation to Generation* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1956); Pierre Bourdieu, *Sociology in Question* (Londres: Sage, 1993).

2 Mead, *Coming of Age in Samoa*, 1-13.

concepciones compartidas entre grupos de jóvenes en los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Argentina, Uruguay y México. Barr-Melej contextualiza y recoge las semejanzas y diferencias que caracterizan a la contracultura chilena con respecto a la de otras latitudes para entender las particularidades del caso regional y ubicar el malestar generacional de los jóvenes chilenos. Particularmente, señala los casos de Argentina y Uruguay como ejemplos de “condescendencia” de los partidos de izquierda frente a “las manifestaciones contraculturales como expresiones de rebeldía”:

La izquierda en Uruguay era mucho más receptiva al potencial revolucionario de la heterodoxia cultural, ya que el periódico comunista líder de la nación ofrecía a sus lectores más jóvenes un suplemento semanal: La Morsa, o “The Walrus”, al estilo de los Beatles de 1967 “I am the walrus”, con un sabor claramente hippy (p. 13).

Mientras que, en el caso chileno, la coyuntura política, el clasismo imperante, el arraigo de los valores familiares tradicionales y el fuerte nacionalismo intensificaron el recelo y persecución por parte de funcionarios y organizaciones de jóvenes de izquierda y derecha contra las expresiones juveniles que “desafiaban” las costumbres tradicionales chilenas. Por su parte, grandes sectores adultos consideraban que las influencias internacionales, especialmente las provenientes de los Estados Unidos, contribuían a la insubordinación de las nuevas generaciones y a la decadencia social.

Tanto la narración de Barr-Melej como la estructura de su libro siguen un modelo circular. En las páginas introductorias, el autor se inserta a sí mismo dentro de la historia de los movimientos contraculturales al presentarse como testigo participante del epílogo/inicio de la historia relatada. Su encuentro con Jorge Gómez Ainslie en el 2011 durante la proyección del documental *Piedra Roja*, da pauta para la descripción física y psicológica del considerado artífice de la visibilidad de la contracultura juvenil en Chile a finales de los sesenta e inicios de los setenta. El texto de Barr-Melej no comienza con la presentación del contexto internacional o nacional, como suele suceder con los relatos históricos tradicionales, sino con una breve introducción a la vida de Gómez, para explicar el porqué de su participación en la organización del festival de música en Piedra Roja en octubre de 1970, versión chilena del Woodstock estadounidense o del Avándaro mexicano. En este punto, Gómez no constituye únicamente el puente entre el antes y el ahora —es decir, entre la historia y la narración— sino el punto de encuentro de la cultura juvenil criolla

chilena y el transnacionalismo de la contracultura sesentera y setentera, por lo menos en la narrativa de *Psychedelic Chile*.

Barr-Melej resalta su trabajo como una contribución a lo que Eric Zolov ha llamado los “sesentas globales”. Dicha tendencia historiográfica se caracteriza por un alejamiento con respecto a las investigaciones testimoniales en pro de las elaboradas por nuevas generaciones de historiadores preparados para integrar críticamente dichos testimonios y combinarlos con el estudio regional de las sociabilidades, la agencia y las manifestaciones juveniles de la década dentro de un contexto global, caracterizado por una sensibilidad compartida y por la inconformidad en torno a la situación del mundo. Así pues, Barr-Melej inscribe su trabajo en la corriente de otros historiadores como Valeria Manzano, Jaime Pensado, Christopher Dunn y Vania Markarian. Otra de las peculiaridades compartidas por todos estos autores es que consideran el efecto de la Guerra Fría, de la política estadounidense hacia América Latina y de las esperanzas procedentes de los nuevos avances científicos —como la llegada del hombre a la luna— como un motor para la búsqueda del espíritu de “acuario” entre las generaciones de jóvenes.

Aunque el movimiento contracultural en Chile se había iniciado en los años previos a 1970, el cierre del festival musical de Piedra Roja con la irrupción violenta de carabineros (policía local), la indignación de padres de familia —cuyos hijos habían mentido para asistir a la celebración— y la descripción periodística del evento como una “bacanal” agudizó la reacción de las autoridades, partidos políticos y sociedad contra aquellas manifestaciones juveniles que amenazaran las “buenas” costumbres de la sociedad chilena y sobre todo, unos meses después, desviarán la atención de los jóvenes del esfuerzo colectivo nacional del allendismo. Algunas opiniones de funcionarios y periodistas aparecidas en periódicos y revistas apuntaban contra el hippismo al considerar que “ignor[aba] la realidad de la lucha de clases y comprob[aba] el egoísmo del capitalismo” (p. 5).

De acuerdo con Barr-Melej, los años setenta fueron un punto de inflexión por parte de los jóvenes chilenos. A diferencia de otros países latinoamericanos, su participación como agentes activos en el rumbo de la política de su país durante la década anterior había sido marginada a un papel secundario. Las acciones juveniles, por lo menos las bosquejadas de acuerdo con las expectativas allendistas del joven revolucionario, estaban centradas en el desempeño de actividades

colectivas que contribuyeran al mejoramiento de la vida de las comunidades menos favorecidas y al acercamiento de las clases sociales. La “filosofía” hippie y la doctrina siloísta fueron, en algunos aspectos, contrarias a dichos objetivos. Aunque en teoría la unificación de las juventudes constituyó uno de los fines del hippismo, la búsqueda de la felicidad individual sobre el bien de la colectividad, la moda “afeminada” masculina del cabello largo y las camisas floreadas, así como la libertad sexual practicada por sus seguidores —considerada una afrenta a los valores familiares— fueron elementos que amenazaron el orden político, social y el discurso de unidad nacional del nuevo proyecto nacional chileno. Los medios de comunicación jugaron un papel fundamental en la dispersión del pánico moral y social anti-contracultural: sus narraciones, generalmente cargadas de exageraciones o noticias falsas, propiciaron el despliegue de razias y la detención de jóvenes que optaban por formas alternativas de vida y una filosofía distinta a la dictada por la tradición conservadora.

Capítulo aparte, pero no de menor trascendencia, son aquellos apartados dedicados al reforzamiento de prototipos de masculinidad y feminidad entre los jóvenes por parte de algunos sectores adultos hegemónicos. Los estudios de género en las historias de las juventudes son escasos en América Latina: sólo cabe mencionar los realizados por Valeria Manzano y el texto aquí reseñado³. El análisis emprendido por el autor y la riqueza de fuentes y testimonios que utiliza —documentales, películas, novelas, cuentos infantiles, entrevistas y notas periodísticas— dan muestra de la guerra mediática y las acciones policiales —como su detención y el corte de cabello forzoso— contra jóvenes de cabello largo, del efecto de los discursos oficialistas de las autoridades gubernamentales y religiosas en el ánimo de la sociedad. Todas las argumentaciones rescatadas por Barr-Melej justificaban dichas acciones como una forma de contrarrestar la decadencia social exportada por los “indecentes” anglosajones y la alienación de las nuevas generaciones de chilenos por la cultura extranjera. Es decir, en esta última argumentación es sin duda necesario repensar el

3 Véanse Valeria Manzano, “The Blue Jean Generation: Youth, Gender, and Sexuality in Buenos Aires, 1958-1975”, *Journal of Social History* 42, no. 3 (primavera 2009): 657-676; Valeria Manzano, Isabella Cosse y Karina Felitti, *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010); Valeria Manzano, “‘Contra toda forma de opresión’: Sexo, política y clases medias juveniles en las revistas de humor de los primeros 70”, *Sociohistórica*, no. 29 (2012): 9-42. También el libro reseñado en este mismo dossier: Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017).

impacto en el plano político, social y cultural de la Guerra Fría, en la prevalencia del sentimiento antiyanqui en América del Sur y en la confrontación cultural con el mundo anglosajón.

Las jóvenes, por su parte, eran criticadas por hacer uso de nuevas tecnologías en el control de la natalidad, como la píldora anticonceptiva, novedosa en aquellos tiempos porque permitía el libre ejercicio de su sexualidad, su independencia del seno familiar y la postergación o negación de su papel como esposas y madres de familia. Esta situación contrastaba con el fortalecimiento del hogar como espacio consagrado a las mujeres con la creación, por parte de partidos de derecha y centro, de los Centros de Madres donde se ofrecía educación vocacional femenina para contribuir a la economía familiar sin la necesidad de “descuidar” la casa. Posición tradicionalista que fue reforzada durante el gobierno de Allende con los discursos sobre la “gran función” de las mujeres en el núcleo familiar y la limitación de sus actividades políticas (pp. 72-76).

Por su parte, el siloísmo es estudiado cuidadosamente por el autor, quien le dedica uno de los capítulos más largos para explicar su compleja ideología. Barr-Melej comienza por destacar los equívocos de la época, que lo consideraban prácticamente un sinónimo del hippismo porque compartían la influencia de la filosofía oriental en la búsqueda de la transformación individual, de la liberación y la conexión mente-cuerpo. No obstante, el siloísmo —transmitido por su fundador el argentino Mario Luis “Silo” Rodríguez Cobos — contenía una filosofía y disciplina esotérica, combinada con principios revolucionarios como el anarquismo y la psicología marxista marcusianna contrastante con el socialismo guevarista pregonado por el gobierno de Allende⁴. Los siloístas congregados en la organización juvenil Poder Joven —también llamado Nuevo Humanismo o Movimiento Humanista— fueron víctimas de repetidos ataques partidistas, muchos de ellos cometidos por las ramas juveniles y estudiantiles que apoyaban a los partidos políticos de izquierda y derecha. Además de las habituales difamaciones de los medios de comunicación —que los calificaban como secta, los acusaban de secuestrar y violar jovencitas, de efectuar prácticas satánicas y del consumo y tráfico de estupefacientes—, Barr-Melej da cuenta de maniobras más radicales,

4 De acuerdo con Barr, Marcuse no era citado directamente por el siloísmo, pero en su libro *La curación del sufrimiento* (1969) Silo aseveraba que el cambio social sólo era posible a partir del cambio psicológico de cada individuo. Es decir, la consecución de la plenitud individual entendida como un estado de “auténtico de disfrute y amor” —concepción distinta a la conceptualización de la burguesía occidental—, sería capaz de dominar el poder de las estructuras económicas (p. 197).

como los asesinatos de hippies y siloístas, acciones que se agravarían durante el gobierno de Augusto Pinochet. Pocos eran los opositores que tenían conocimiento de los contenidos de la filosofía siloísta. A pesar del pequeño número de integrantes de Poder Joven, uno de los principales temores era la facultad que dicha ideología otorgaba a los jóvenes al “persuadirlos” de ser un sector capaz de encabezar y transformar el rumbo del país y de la sociedad en general. El siloísmo encarnaba uno de los grandes fantasmas de la sociedad adultocéntrica chilena: el cuestionamiento del orden de las cosas, de la autoridad de los padres de familia y del gobierno mismo. Por eso, al igual que el hippismo, era considerado una ideología extranjera.

Cada capítulo de *Psychedelic Chile* parte de la descripción de un objeto propio de la industria cultural chilena (un concierto de rock, una obra cinematográfica, un documental, un cómic, una novela o un libro infantil) enfocada en alguna manifestación de lo juvenil de la época. Esto sirve como punto de partida para contrastar las representaciones sobre dicho grupo de edad construidas desde la óptica de los medios de comunicación masiva —en muchas ocasiones abiertamente partidistas— con las múltiples voces de los jóvenes, aquellos conservadores y aquellos que formaban parte de alguno de estos dos movimientos contraculturales seleccionados. Dicho de otra manera, Barr-Melej intenta contrastar las visiones y prototipos oficialistas —y/o adultocéntricos— con las provenientes de algunos sectores juveniles. Tal como el propio autor subraya en la introducción del libro, su investigación es parcial y deja fuera otras juventudes porcentualmente mayoritarias en el Chile de los sesenta y setenta, como las rurales, las de clase media y alta ajenas a los movimientos contraculturales, los estudiantes y a todas las que no militaban en alguno de los partidos políticos más representativos.

La problemática central del libro está ligada con el denominado “problema juvenil” (*youth question*). De acuerdo con Barr-Melej, durante los años sesenta y setenta la visibilidad de dicho grupo de edad permitió que se convirtiera en un sector mencionado constantemente en los discursos políticos de los partidos de mayor envergadura en Chile. Y que los jóvenes fueran incluidos como parte importante de la agenda política de los distintos regímenes en la construcción de los proyectos nacionales. Todo ello como consecuencia de la revolución de consciencias —identidades— y agencia en la historia política chilena debido a su imprescindible participación en los

movimientos sindicalistas e internacionalmente en el esfuerzo de guerra y la reconstrucción de sus respectivos países después de las dos guerras mundiales. De hecho, otro de los temas novedosos en *Psychedelic Chile* es el estudio del control de los gustos musicales de los jóvenes chilenos, situación que implicó el impulso de aquellas letras que debían ser escuchadas por las juventudes revolucionarias y la desacreditación de las consideradas contrarias al patriotismo y los esfuerzos estatales. Así, el movimiento de la Nueva Canción —compuesta por intérpretes que rescataban y renovaban la música folclórica de su país, combinada con ritmos latinoamericanos— ganó el apoyo gubernamental y sus grabaciones, difusión y distribución fueron promovidos por una industria musical nacionalizada. A partir de ello, puede entenderse con mayor claridad cómo el festival Piedra Roja, que congregó a grupos veteranos y emergentes de rock chileno, fue considerado una afrenta a la autoridad gubernamental. Un año antes, en 1969, la Universidad Católica de Chile había organizado el Primer Festival de la Canción de Chile, de donde habían surgido los mayores exponentes de la Nueva Canción como Víctor Jara y Patricio Manns⁵.

La censura no estaba únicamente dirigida a las prácticas musicales: la producción cultural orientada al público juvenil fue objeto de desaprobación. Tal fue el caso de películas y documentales extranjeros con poco o nula proyección en cines chilenos como *Bob y Carol y Ted y Alice* (1969) de Paul Mazursky, *Woodstock: Three Days of Peace and Music* (1970) de Michael Wadleigh y las películas chilenas *La revolución de las flores* (1968) de Álvaro Covacevich y la adaptación cinematográfica de *Palomita Blanca* (1973) estrenada hasta 1992, dirigida por Raúl Ruiz con temas que presentaban la forma de vida, la filosofía hippie, el relajamiento de la sexualidad entre las nuevas generaciones y a un Chile políticamente dividido y con una evidente desigualdad económica, temas —como se mencionó anteriormente— espinosos socialmente hablando. El impacto del discurso visual sobre el escrito ha sido un recurso utilizado fructíferamente por diversos agentes (políticos, comerciales, religiosos y revolucionarios) para promover valores colectivos y la unificación de comunidades, por su cercanía con la exposición de una realidad tangible como una “prueba incontrovertible” dice Susan Sontag, “de que sucedió algo

5 Rodrigo Torres Alvarado, *Perfil de la creación musical en la nueva canción chilena desde sus orígenes hasta 1973* (Santiago: CENECA, 1980).

determinado”, como “instrumento útil de la vigilancia y control de poblaciones más inquietas”⁶. Pero, también como una forma de denuncia e incriminación.

Al contrario, las novelas chilenas escritas por autores no pertenecientes a ningún movimiento contracultural, como el cuento infantil *Mi hermano hippie* (1971) de Marcela Paz y la novela *Palomita Blanca* (1971) de Enrique Lafourcade, gozaron del visto bueno de Allende y su lectura fue promovida entre escolares y población en general como una forma de exhortar a las nuevas generaciones sobre las consecuencias de integrarse a dichas agrupaciones. Estos relatos narran los claroscuros de los movimientos contraculturales y, a manera de conclusión, los protagonistas solucionan sus problemas reintegrándose a su familia y a las formas tradicionales de las que inicialmente habían huido.

Psychedelic Chile. Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship de Patrick Barr-Mej es una inteligente y original zambullida a la historia de las juventudes alternativas en el Chile de las décadas de los sesenta y los setenta. Su destreza en la utilización de una multiplicidad de fuentes, de entrevistas y su distancia temporal con respecto a los acontecimientos narrados le permiten realizar una reconstrucción panorámica del hippismo y siloísmo chileno. Sin embargo, y más que considerarlo un inconveniente, la cercanía emocional del autor con respecto al relato le permite capturar las voces de los múltiples participantes y a sus lectores, involucrarnos y ser partícipes del momento, de sentir empatía por los protagonistas y, por lo tanto, entender el surgimiento y las expectativas de los jóvenes chilenos contraculturales.

6 Susan Sontag, *Sobre la fotografía* (México: Alfaguara, 2006), 18-19.